

La herencia de Bolívar

**Alocución del Rector de la Universidad Sr.
Dr. Remigio Crespo Toral, en el homenaje
que el Instituto rindió al Libertador el 17 de
Diciembre de 1930.**

La ciencia de vivir se traduce en el aprendizaje para la muerte. Se principia para acabar, el fin comprendía la empresa de la vida, el fin descubre la aurora de otro hemisferio, el de la inmortalidad. La tragedia de la muerte prueba la virtud y el valor tanto como la belleza de la acción—la suprema, la definitiva. Hermosa la figura de Edipo ciego, de Edipo en Colono, donde el rey sin ventura honra a la tierra en que hallará su tumba. Gentil la actitud de César que recibe como caricia la puñalada de los conjurados, levantando una orla del manto, para ocultar el gesto de la final derrota. Dulce la serenidad de los santos cuando les llega el primer resplandor de la eternidad—gran mundo nuevo por descubrir y admirar en la visión paradisíaca.

La muerte de Bolívar epílogo fue de existencia heroica, fecunda, tumultuosa, gentil, plena de contrastes, dramática, con las elegancias de la distinción y la solemnidad resignada y fuerte.

Iba proscrito en los caminos del mar; y atormentado de las torturas del pensamiento, rebelado contra el desastre de su empresa, sentía arrancársele las cuerdas de la armadura corporal, interrumpiendo el ritmo de la sangre y acelerando el del corazón. Hubo de bajar, en brazos de sus camaradas, a la playa: era la úl-

tima playa para dormir y descansar de la gran batalla de años, casi como centurias, intensos, cálidos de actividad, quemados de fiebre, alucinados de delirio.

El último lecho había de encontrarlo en las hospitalidad española. El tenaz adversario de España, que hubo de arrancarle casi todo el territorio colonial, pedía la limosna de un albergue, que se lo daba un honrado ciudadano español.

Pocos días antes, al ambular en su retiro de proscrito en la costa de Cartagena, con la inquietud que estremecía constantemente las fibras, rodó al suelo—fracasado el equilibrio. La armadura perdía el ensamble, las cuerdas la tensión; por la calentura mental, el espíritu daba los postreros aleteos de la máquina, ya casi en escombros.

El hombre que contaba como familia suya casi a un pueblo entero, el hijo predilecto de la nobleza de Caracas, el que logró la comunicación afectuosa, la admiración, el respeto de naciones y muchedumbres, el vencedor que recorrió ciudades y campañas en el estruendo de las aclamaciones, al flotar de las banderas y bajo una cascada de flores, llegaba a hundirse en la soledad campesina, cerrando el proceso de sus combates y sus empresas, con la solemnidad del recogimiento para el decoro de un fin digno de su grandeza.

Ni una hermana, ni un deudo que le alargasen el vaso de agua cariñoso para las sedes últimas, ni un amigo de la juventud que recogiese en un lino sacado de junto al corazón el sudor de la postrera fatiga, tampoco un capellán de los de la nativa villa, de los de la hermandad de la Trinidad de Caracas, que recibiese las confidencias del gran peregrino de tantos senderos, de tantos mares y de innúmeros campos de sangre: solamente el paje, el hermano de las horas tormentosas o felices, que llevaba el apellido materno, en testimonio de parentesco espiritual. Allí para las atenciones de la ciencia médica, un caballero francés, y como espectadores respetuosos, algunos jefes militares ¡tan pocos!... casi la soledad.

Quiso enterrar su desilusión en suelo extranjero, hasta para obedecer el mandato de su patria que decretó su

proscripción. Mas, no podía hacerlo sin el viático de un modesto viajero. Quedaban los restos de su patrimonio, pero se los disputó un salteador de toga. Desvalido, sin esperar amparo de una justicia que más bien podía entonces llamarse venganza, no pudo allegar los residuos de su fortuna, para pago de una mísera pensión de destierro, y hubo de resignarse a morir en la tierra—de la que huía él, porque ella le rechazaba. “No sé a punto fijo si me será sensible morir, con tal de salir de Colombia”, escribió, en Octubre de 1830, al leal Montilla, y antes a Castillo Rada: “La infamia de mi patria nativa me recuerda los crímenes de Anteus. Los desastres que temo me despedazan el corazón. Nunca he padecido como ahora, deseando con ansia un momento de desesperación para terminar una vida, que es mi oprobio”.

La preocupación del caudillo no se limitó a su destino personal, casi no pensaba en él. Sus adioses iban, ante todo, a la patria, a la Colombia de sus ensueños: para ella la herencia de su espíritu, el testamento de su voluntad, el grito de salvación. De mano del sacerdote recibió el pasaje de arribada al último puerto, y terminó, después de dictar la alocución final a los pueblos que había libertado.

Su clamor fue por la unión. Pidió a sus hermanos reconciliación para la paz y la eliminación de los partidos—esas patrias ficticias y atormentadas dentro de la Gran Patria, a la que se enredan, para matarla.

La esencia de la sociedad radica en la unión: la unidad para la pluralidad, el amor como vínculo social, las divergencias simples accidentes que apenas agitan la superficie, sin trascender al fondo. El Libertador comprendió que la unión significaba la fórmula sacramental para la patria, para la América hispana, para el universo mismo. Era el Evangelio internacional, la solidaridad de las almas, la mancomunidad de los destinos, el seguro de vida para un porvenir fecundo y bien hallado. Era lo que, en los primeros empeños, llamó el genio: “romance ideal de nuestra utopía”: la democracia nueva, la de América. Rousseau había escrito: “Si hemos de hablar con todo rigor, la democracia no ha existido ni puede existir jamás: va contra el orden natural....”

Tal aserto no corresponde al concepto ni al hecho de la democracia que sustentó Bolívar, sobre la base de la unión que establece la posible igualdad y equilibra los intereses y las funciones del compuesto social... Si existe la democracia cuando no padece la enfermedad de Rousseau.....

* *

Ídose ha la corriente de un siglo dentro del mismo cauce, sin modificar las curvas del cantil de la ribera y antes bien abriendo otras en el detritus acumulado en la playa por el ímpetu de las avenidas. El grito del profeta resuena aún, duplicado por el eco del tiempo, tonante en la caja sepulcral del héroe, que nos representa a los americanos, en el mundo, en la historia y para siempre.

No sólo fue la dispersión en la amada Colombia: lo fue también en toda la América española. Las fronteras se han empujado al capricho del más poderoso, y el patrimonio español fue vendido, regalado, descuartizado. *La América para los americanos*, si fórmula de defensa contra lejanos adversarios, no lo es ante los vecinos del mismo continente. El enemigo casi doméstico practica otra doctrina, y la conquista no puede decirse abolida, mientras la guerra perfecciona su técnica. Los colmillos del monstruo no se afilan para la paz, y han de gastarse una día en carne de hermanos y hasta en el esqueleto de las naciones.

* *

¡Qué esterilidad de la vida, si después de la muerte, no queda algo de nuestro ser, en la obra, en el impulso, en la corriente vital de las generaciones! Pero cuán pocos los ejemplares superiores que labran la perennidad de la estatua, el monumento secular, la herencia del devenir, del perpetuo movimiento hacia lo mejor. De los grandes capitanes, casi siempre no resta sino la leyenda de la fama: de Nabuco, de Sesostris, de Jerjes, de Darío. Del mismo Alejandro, apenas

se nos da el resplandor del helenismo que se adelantó con la conquista de la espada. César dejó un nombre para bautizar el despotismo de todos los tiempos. En él había de perdurar el *Capitán del Siglo*, el super—hombre de ayer. Si restamos de lo efímero de su gloria el *Código Civil* que lleva su nombre, todo lo demás importa solo el polvo de oro de las ruinas—las del imperio de un día.

La supremacía, lo casi eterno, se dilata en la ruta del porvenir, a veces largamente—tesoro de los siglos y de la tierra, hasta morir. Así la herencia divina, la ley del Sinzai, el legado de Cristo, la marcha triunfal de la idea evangélica. Y con este curso milenarío, también la redención que traen los libertadores, los héroes del sacrificio, los santos de la vida política, tan difícil, tan discutida, tan complicada.

Y más eminentes los varones que siembran para la cosecha venidera, que sudan sobre la semilla cuya germinación no han de ver: sembradores de patrias lejanas, maestros de discípulos desconocidos, profetas que hablan a remotas gentes y naciones.

El Libertador—nombre único dado a un hombre después del hijo de Dios—tuvo la suerte de vivir, más bien que para sus contemporáneos, para los venideros, para la edad donde romperá en flor su ideal, puro e incontaminado.

Una tarde, en la sierra del Perú, interrogado por un ciudadano de los futuros grandes Estados Unidos, Bolívar anunciaba la lejanía de la realización de su aurea leyenda de la ciudad ideal. Después de presentir el inmenso desarrollo de la república del Norte, su meditación iba a lo circundante, con la melancolía del que advierte las imposibilidades del presente. Ya antes, como Jesús, deploró la suerte de la nativa Venezuela, pensando. "Es su fortuna vivir para el capricho de la espada. ¡Venezuela, mi querida patria! El primer desorden que allá nazca destruye hasta la esperanza, porque el mal será allí radical y penetrará en la sangre". En ese momento de visión distante de cosas adivinadas dolorosamente, concluía anunciando que el régimen de la paz, del amor, de la tolerancia, para

la realidad de la democracia, no vendría a América sino después de un siglo.

¡Ay, ha corrido el siglo, y todavía humea el volcán y la costra en que pisamos nos hiere con las aristas de la convulsión revolucionaria! Entramos en la carrera de otro siglo, dilatando el cumplimiento de los presagios del genio. ¿Cuándo será que amanezca la serenidad del bienestar fraternal y la jornada civilizadora, rectilínea y cierta se enderece para majestad del orden, triunfo de la virtud e imperio de la caridad?

Este hombre extraordinario deja en el ambiente, en la labor legislativa, en el documento de intimidad, en una montaña de papel, de proclamas, de anotaciones, de proyectos, memoriales, impresiones, todo el raudal sonoro y límpido para abundar en el tiempo futuro ¿Qué invención nueva de ayer, de hoy y quizás de mañana no tienen antecedente en el pensamiento múltiple, derramado y luciente de Bolívar?

Y deja sobre todo la majestad de su acción: su espada, no en herencia para malvados de la Historia como la entregaron Santander a Obando y San Martín a Rosas; sino a la patria, a la ilustre y querida, aunque ingrata Caracas. Y queda el decoro de cien batallas y la masa cósmica y luciente de sus pensamientos que vagan sobre la atmósfera de América como ondas eléctricas y emanaciones de inspiración, hoy más poderosas que cuando brotaron del cráter de su mente y de la fragua de su corazón.

*
* *

El Patriarca del Norte no creó la república. Encontrándola formada, la declaró: libertador no fue él, sino el pueblo mismo, y su libertad obra de éste, producto de autoeducación. No así, Bolívar que arrojó la simiente en el camino para dispersión; y después de estériles ensayos, hubo de crear todo, no sólo la república, sino a los ciudadanos; dió las batallas improvisando los soldados; dictó las leyes, los manifiestos y las constituciones dando vuelta a la caja de su cerebro. En torno a él, se hizo la literatura, se echaron a volar las líricas alas, la escuela nue-

va dió la sorpresa del método, la organización hacendaria trazó las líneas y acomodó las cifras para la sencilla máquina de las recaudaciones y las inversiones; el arte de la guerra desarrolló la precisión y la sabia gentileza de las batallas, en que fueron expertos los viejos capitanes desde Aníbal hasta Carlos XII, desde César hasta Bonaparte y Federico II.

La excelencia del gran Libertador se explica por estas modalidades varias y eminentes de la conducta. Así es cómo, después de muerto, vive en su tradición, dentro de la que nosotros somos, vivimos y actuamos hasta hoy. Y seguramente los hombres de mañana continuarán por el mismo sendero real, por la línea poligonal iluminada por el relámpago del genio de América.

* * *

El predicó la democracia, y desde que tuvo un rincón de tierra caldeada por el fuego de la victoria, en ese sitio de un instante, fundó la República, y de ella no desertó jamás, aunque le tentaban el oro de la monarquía y la plancha de púrpura del trono con que le convidaban a menudo sus parciales.

La República de progenie helénica, ilustrada por la primera virtud latina, empresa de arte en algunas ciudades de la península italiana, al fin encontró hogar perdurable en la América de los virtuosos colonos de Virginia, Maryland, Pensilvania, Albany.... De esa tierra nueva se trasplantó el árbol de la Libertad, por mano de Franklin y Lafayette, al convulso suelo francés, donde la sangre pudrió las raíces del árbol, que hubo de secarse.... para leña del vivac de Bonaparte.

El desprestigio de la República trascendió a la América que desde 1810 bregaba por la emancipación. Esta, según el pensamiento de Bolívar, debía completarse en la democracia, para su triunfo en el mundo, mediante su triunfo absoluto en el Nuevo Continente.

La epilepsia de la revolución en Francia determinó esa como profilaxis de la Santa Alianza—liga de emperadores y reyes contra la disolución social y el escándalo de la República, al desnudo y con birrete rojo.

Había que redimir de desprestigio a la República, luchar contra la atmósfera que pesaba sobre ella. Aquella empresa correspondió al Libertador, que la llevó hasta el fin. Cuando los estadistas de Buenos Aires y los caudatosos ministros de Bogotá proponían la monarquía como remedio de las turbulencias de la América nueva, Bolívar no renunció al ideal de su juventud, a la doctrina de sus años mozos y granados, a la aspiración de una organización futura sobre la solidez de la democracia—última palabra de la ciencia de gobernar para bien de todos, dispersando la autoridad en el pueblo, para solidarizar sus intereses con los de sus gobernadores.

El proyecto monárquico no correspondía al programa de la revolución americana, y menos a su estado social. Los estadistas conservadores, como Monteagudo, García del Río, Guzmán, Restrepo, el Padre Solano.... creían que por lo menos la institución monárquica importaba preparación, primer paso en firme, para derivar después hacia la República, maduros ya estos países en la práctica de la vida independiente.

Mas no advirtieron que la América hispana tenía la democracia en las entrañas. Conquistada y colonizada por cuenta y riesgo de empresarios, concesionarios y adelantados, formose desde un principio el hábito de independencia, arraigada en fuertes instituciones comunales, en la libertad del aislamiento seccional, cuyos vínculos con la superioridad virreñaticia o audiencial, resultaban frágiles, y más débiles todavía respecto del poder metropolitano.

La organización administrativa, desde el comienzo, echó el germen de las nacionalidades. Las audiencias, las capitanías generales, los virreynatos significaban estados en formación con notas características de geografía, origen, raza, costumbres.

En el Brasil, pudo montarse un imperio por la relativa homogeneidad de sus vastas provincias y por el ensamble de la organización colonial. Pero en nuestra América, la misma España ingirió en el árbol indígena el vástago de emancipación con la autonomía seccional y de los ayuntamientos, agregándose a ello que los indios merecieron leyes y actos de gobierno

de singular protección; lo que creó el ambiente de igualdad, único en la historia de las colonizaciones. De esa manera, al iniciarse la revolución, se dió el espectáculo de que los indios y los mulatos tuviesen puesto, como cualquier español o criollo, en los negocios políticos y en los cuadros militares. Tampoco las instituciones de nobleza, los privilegios, existían en América, sino como casos rarísimos de excepción. Y lo curioso que, en ciudades capitales como Bogotá, Caracas, Quito, los hijodalgos resultaron protagonistas del movimiento de separación y practicaron la igualdad republicana, pereciendo muchos de ellos en los cadalsos de la vindicta española. La América formada por España lo fué para la libertad, sin que acaso lo sospechase: la tierra misma poseía quizás la fecundidad republicana y los aborígenes mantenían también, en la corriente consuetudinaria, el abedrío de la tribu, del *aillo*, del cacicazgo—fondo firmísimo y persistente sobre el que se edificaron las monarquías azteca e incaica. Ellas también llevaban en su seno levadura de libertad.

A Bolívar se calificará como al verdadero protagonista de la institución republicana que hoy ha invadido todos los continentes y que presto extenderá su dominación a los más remotos confines: aunque, en veces, con síntomas de demencia como en la semitartárica región oriental de Europa.

“No seré, rey de Colombia ni por un extraordinario evento: no me haré acreedor a que la posteridad me despoje del título de Libertador”. ¡Libertador o muerto! fue el grito sacramental del gran estadista cuando se quiso humillar su nombradía con la efímera realeza. Libertador y muerto—así terminó esa vida del hombre generoso y sublime que la construyó firme y de una pieza, como armadura de oro.

He aquí cómo de este hombre superior proceden, en gran parte, la extensión y el triunfo de la república. Su ideal, en la jornada de un siglo y quizás en la jornada de este siglo, se trocará en realidad. Hasta en la China inverosímil, en la Alemania principesca, en las tierras de la casa de Ausburgo, en las monarquías milenarias, la república ha plantado tienda y formado

heredad, no para las veleidades de una campaña, sino para la dominación y la perpetuidad. En las banderas republicanas, en las medallas conmemorativas, los artistas de la historia pondrán los colores del iris, que son los de Bolívar y su busto sobre el metal, con el relieve inconfundible del héroe de los Andes. Los vítores de la república se juntarán a los que las multitudes democráticas lancen, en las marchas triunfales de la libertad, a través de los cinco continentes, en todos los mares, a compás de la marcha de las naves que hiendan las ondas de los dos océanos—el del aire y el de la tierra—proclamando el imperio, el único imperio de la fraternidad republicana.

Podrá descastarse y degenerar esta empresa de civilización y de gobierno del mundo, por la perversidad de las gentes y la falsificación de los más nobles intentos, triunfante la rebeldía ciega contra la piedad de lo Alto y la política de la paz. Pero, estas degeneraciones no serán parte a deslustrar la eminencia de la institución republicana, nacida en la virtud y desarrollada para la virtud. ¡Libertad o muerte! es el grito de consigna, el epígrafe sacramental en la bandera, en las divisas. La república se abrió camino con Bolívar, y por él se consolidó, y será siempre. A esta su victoria obedece que hoy su caballo de bronce, en marcha triunfal, va ya por toda la tierra, asentando firmemente el casco en los pedestales que tantos pueblos le han levantado y le preparan.

*
* *

Más que la campaña ecuménica de la democracia, el Libertador de América soltó las velas de la ilusión en otra empresa que sería hasta para pueblos por él desconocidos, acaso adivinados, en parte para edades a las que alcanzaría sólo su visión de profeta.

La paz del mundo dentro de la organización de las naciones: he aquí el ensueño del siglo de oro. Dante fingió la monarquía universal bajo la blandura del cetro imperatorio, para tranquilidad de razas, gentes y pueblos. Bajo el poder espiritual, se ensayó también, en

centurias de penoso ensayo, la liga universal de la paz, a la sombra de la cruz, con la fianza de la tiara pontifical.

Los teólogos juristas de España anticiparon la famosa doctrina de la moral internacional para la paz del planeta, Grocio recogió aquellas primeras lumbres del pensamiento católico en un código que tendría caracteres de inmortalidad. Y el solitario pensador de Koenisberg hubo de echar sonda en las aguas profundas del derecho de las naciones en su famoso mensaje: *Hacia la paz perpetua*. Pero, el soplo casi divino debía surgir de América, en forma sustantiva, enérgica y orgánica.

Tántos empeños de alucinación para la estabilidad humana, por los estímulos de amor y de la resignación sacrificada, del interés individual, del nacional, en aras del bien de la humanidad, habían fracasado dolorosamente, dejando en la historia los retales del gran código de la paz internacional, qué de veces escrito y nunca ejecutado.

Nuestro visionario, desde el principio de su peregrinación de Libertador, tuvo la sugestión de la armonía universal, comenzando por la de América, que debía —frente a Europa y defendiendo el solar hereditario— imponer el concierto, la concordia, la ley de amor y el decálogo de la paz.

Ya en 1813 se dió el informe del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, donde, por primera vez, se esbozó el proyecto gigantesco. “Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir.... las agresiones que puede intentar la ambición europea; y este coloso de poder que debe oponerse a aquél otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América meridional en un cuerpo de nación, para que un solo Gobierno pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin, que es el de resistir con todos ellos, las tentativas exteriores, en tanto que multiplicándose interiormente la mutua cooperación de todos, nos elevará a la cumbre del poder y la prosperidad”.

“Después del equilibrio continental que busca la Europa donde menos debía hallarse, en la guerra....

hay otro equilibrio.... el que nos importa a nosotros— el equilibrio del universo. La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo. Estas.... debían de procurar el equilibrio entre ellas para destruir la preponderancia de Europa. A ésto llamo yo el equilibrio del universo, y el debe entrar en los cálculos de la política americana". (1)

Así destelló la primera luz de la Sociedad de las Naciones, que debía traducirse en el estatuto de Panamá. Proyecto grandioso que provocó el asombro por la originalidad y amplitud no adecuadas al ambiente contemporáneo. Hubo de correr el raudal de los años, para que surgiese primero la doctrina cabalística de Monroe, luego el Pan-americanismo y al fin la Sociedad de las naciones, después de tentativas, fracasos, ligas y toda una literatura humanitaria de juristas ideólogos, de congresos y tribunales de la paz, de arbitrajes y conciliaciones, que tuvieron por remate la gran guerra— liquidación inmensa de un largo período histórico, para abrir otro nebuloso y triste, incierto quizás por la falsedad de las premisas del silogismo, cuyo último término no puede todavía adivinarse.

Sobre este fondo de sombra, se destaca con relieve de luz, la figura de Bolívar, el soñador del equilibrio del universo, el verdadero procurador de la Sociedad internacional para eliminación de la guerra. En los tormentosos años en que le tocó vivir, "iba adelante, a lo desconocido, con la certidumbre de un fin lejano, pero cierto. Era su locura, el resultado de su intuición adivinatoria ..."

Este hombre al morir, no obstante suponer talvez deshecha la máquina de sus ideas y el arte divino de su creación política y trascendental, tuvo la ventura de entregar a los americanos, al mundo, a los ciudadanos de mañana, el estatuto de la paz venidera.

Podrá ser ésto utopía, como otras tantas de menor

(1) Larrazábal.— Vida de Bolívar, t. 1º.

amplitud—la de Dante, de Tomás Moro, de Campanella, de Kant. Pero nadie disputará al Genio de América la fuerza vital del pensamiento, la fecundidad, la extensión. El mismo había pensado.— No importa que el ave en su vuelo pierda parte de las alas, si al fin ha de llegar.— Era su fe, la fidelidad suya al ideal de juventud, tan hermoso, digno de un diálogo de Platón o de las anticipaciones mesianicas de un profeta.

* * *

El esfuerzo de estas creaciones de su mente le trajo el desequilibrio, por motivo de la enormidad de la aspiración desacorde con la realidad coetánea. Así acontece con el ideal: alma que antes de encarnarse en la realidad, vaga atormentada por el aire, en peregrinación de dolor. Por eso exclamó el héroe: "Soy un peregrino que recorro dolorido estos vastos países, dejando detrás de mí vacíos profundos que no se pueden llenar".

El desequilibrio entre la empresa de un hombre y la hostilidad circunstante produce el heroísmo trágico. Los humanos que lo actúan, que lo aceptan, forzosamente destacan, en el escenario, la figura prevaleciente. Varones ínclitos los heridos por el acaso adverso, quemados por la llama de la justa rebeldía: Prometeo eterno que vive aún, cuando Júpiter duerme ya el sueño milenario. . . .

El dolor sella la grandeza de los personajes, ahonda el plano de su vida, para que se duplique el relieve de la gloria. El fracaso del Libertador le encumbró más de lo que le hubiese elevado la realidad de su empresa.

El sacrificio completa la dignidad de la acción. Los grandes hombres no terminan con la digestión de un banquete gratulatorio sino con el hambre, la sed y el delirio del inasequible ideal. La irrealidad de éste, confirma la eminencia del intento, el desnivel entre el genio y la multitud sobre cuya masa agita él vanamente las alas. El infortunio de los seres privilegiados da el más soberano espectáculo para la grande historia y la poesía heroica.

Desigualdades éstas entre el espíritu y la materia, entre el personaje y el teatro de su acción agrandaban la estatura del genio. Superior al medio, la incomprención contemporánea le elevaba, para que fuese contemplado como cumbre desde los distantes planos de la futura historia. Si la tierra en que sembró, por su esterilidad, no dió vida a la simiente, tuvo por lo menos la fortuna de conservar intacto el germen que más tarde, muy más tarde, había de romper la envoltura para dar paso al brote de primavera, merced a la benignidad de las aguas de otras edades.

Su ideal emprendió vuelo hacia el porvenir, este su isla de fortuna, "el porvenir desconocido para el altar de dioses ignorados", según disertó un filósofo poeta. El culto del futuro engendra lo cierto, lo perdurable. "Sólo somos capaces de progreso, en cuanto lo somos de adoptar nuestros actos a condiciones cada vez más distintas de nosotros en el espacio y en el tiempo. El porvenir es la vida, el pensamiento idealizador por excelencia" (1) De los vencidos en la realidad presente, es la apelación al tribunal venidero, al juicio de la fama, al arbitraje de la historia.

De esta manera, el Libertador, el de ayer, es también el del momento presente, y lo será del de mañana. Todos los pueblos de la tierra conocen que él dió el primer grito en el desierto para la reconciliación humana, dentro de los cánones de la libertad y para la realidad de la virtud—fórmula única de saber vivir bajo el sol inmutable, sobre esta tierra que huye, en camino a lo infinito.

* * *

Otra de las grandezas de Bolívar, para que fuese grande en todos los países y para todos los tiempos, es su condición de protagonista, no sólo de epopeya, sino también de tragedia heroica.

(1) J. E. Rodó—*Ariel*.

Desde que principió la peregrinación de soldado, hasta que rindió la jornada en la playa marina, juntando la soledad del alma a la soledad del mar, ¡cuánto dolor en las campañas, en las encrucijadas del gabinete, dentro del humo de la lisonja, espionado por la emulación, sintiendo el vaho pestilente de la intriga, ahogado por la lisonja, comiendo el pan amargo del insulto, con el puñal enemigo cerca del corazón, acechado, vendido, vilipendiado.... En Jamaica vió los ojos de sangre y fuego del asesino, en el Orinoco le sorprendió la acechanza de muerte; salvó en la noche de Septiembre de caer en manos de las furias de Bogotá. Su retrato lo despedazó el puñal parricida, lo desterró su patria, se lo empujó afuera, para que acabase. Sintió venir la muerte sin temor, exclamando: "La razón me dice que me alegre, porque la muerte es la cura de nuestro dolor". Hubo de llorar el suplicio de sus amigos: Córdova, el Aquiles de Ayacucho, rueda en obscura sublevación; Sucre, su otro yo sucumbe al plomo de una celada:

El héroe acaba, el asesino empieza. (1)

Y la traición, mas sentida cuando viene de los que amamos, y cuando nos hiere cobardemente en la desvalidez. Los aduladores de ayer no habían cambiado sus zalemas en palabras de consolación. Se hacía el eterno, el pasado silencio. Las comparsas desaparecían de la escena cuando el solitario llegaba a la postrer jornada de la peregrinación. ¡Cómo le fué tan amargo recibir, de mano de un hermano espiritual, del prócer D. Joaquín Mosquera, inspirado por un adversario inclemente del héroe abandonado, la comunicación oficial de que se le proscribía de Venezuela! El Libertador calló ante ese que estimó mayor ultraje—una puñalada que iba derecha al corazón. Su querrela por este agravio arranca de un fondo de amargura que pocos mortales conocieron: fue la copa de hiel que no quiso beber.

(1) R. C. T. *Ocaso de un Genio*.

¡Cómo sentía la angustia del desengaño! Ya antes había clamado: "No hay día, no hay hora en que los asesinos, los ingratos, los maledicentes, los traidores no me hagan beber la hez de la calumnia. La América a la que he dado una libertad que no merece, me despedaza....con toda la fuerza de sus pasiones".

"Represento aquí a los condenados de la fábula. Nunca llego al término de mi suplicio. Lo que hago con las manos lo desbaratan los pies de los demás. Un hombre combatiendo con todos no puede nada. La costumbre sólo me hace continuar en este mundo a manera de un muerto que camina".

A pesar de esta angustia de su resentimiento, listo se mostraba siempre a sacrificarse en bien de la patria, a la que consagró la vida, los bienes y hasta la gloria, que es lo que más amaba. Así escribía a uno de sus íntimos: "Dudo que haya derecho para exigirme que espire en el suplicio de una cruz....Si no fuera más que la cruz, yo la soportaría con paciencia como la última de mis agonías...."

La trizeza del héroe tiene toda la solemnidad de un desastre sublime, uno de los mayores que registran los anales, el más injusto de los castigos que pudo soportar un hombre de bien, sólo comparable en parte—si tal comparación pudiera aceptarse—al sacrificio del Salvador. Cuán distinto el fracaso de Bonaparte, que se trajo en la liberación de muchos pueblos: Napoleón conquistador y tirano de naciones, las redimió con su derrota. Bolívar, el mártir de la libertad, antes de cerrar los ojos con el último sueño, dió el gran clamor y la gran voz de unión a los pueblos libertados por él. El no las había conquistado, de ellos no había tomado un grano de arena, para ellos fue todo el tesoro de sus años, su fortuna, su nombre y hasta su gloria mancillada, rota, hundida en el polvo.

Cuando se iba a deshacer la Patria que él formó, volvió los ojos a la nativa tierra, a la ciudad nativa. Invitó a sus más allegados, a Sucre, a Urdaneta, a refugiarse en la Venezuela de su sangre y de su amor. Volvería a ella, a devanar el hilo de los postreros días en Anauco, junto a sus hermanos y sobrinos, en la in-

timidad de los amigos de la juventud. Pero la amada Caracas le rechazaba como a un leproso. No tenía patria ya. Moriría donde el Cielo le deparase la caridad de un lecho y unos palmos de tierra para la hospitalidad final.

En los últimos momentos, como apariciones de tentación, se manifestaron los enérgumenos de Septiembre, y Paez y los malhechores de la libertad. (1)

Personaje de tragedia... Un infortunio por primera vez llegado a estas tierras, le envolvió en espesa masa de sombra. El desgraciado Edipo, ignorante de su destino, había de engendrar naciones en el seno de su propia madre de la pobre España, entonces exangüe por la lucha de su independencia. Edipo había de advertir, muy tarde, la fatalidad que le perseguía; y ciego de dolor por los desengaños de la libertad, buscaría la tumba, para honrar una playa desierta, no en el solar nativo, sino en otra de las patrias granjeadas por su heroísmo.

Personaje de tragedia... Shakespeare parece que diseñó los cuadros de su *Rey Lear* para el Libertador proscrito, el padre de algunas naciones americanas. El infortunado Lear, traicionado por sus hijas, no encuentra sino una para las caricias de la fidelidad: Cordelia... El Libertador moribundo ocupó para morir, a hurto, un pedazo de tierra colombiana, donde quedarían sus cenizas, sin más culto que la salmodia de las olas en la ribera desierta. (2) En doce años, la patria no había de recordar a su hijo. Fue preciso que la lejanía duplicase el brillo de la leyenda, para que los pueblos que se devoraban en lucha intestina o banquetearan después del triunfo, tornasen los ojos al glorioso pasado que cerró el día épico con el hundimiento del *Sol de Colombia* en las aguas de Santa Marta.

¡No injuria a otras naciones, ni vanidad la nuestra, el rememorar los cariñosos homenajes del Sur de Co-

(1) Véase la carta de Laurancio Silva al Gral. Flores. Archivo de Jacinto Jijón y Chamaño.

(2) José María Obando escribió sobre los "nieblas pestilenciales" de Santa Marta.

lombia, nuestra patria de hoy, que se apresuró a ofrecer al Libertador su padre el postrer asilo a sus marchitos años. Era Cordelia, la buena, la fiel compañera del Rey Lear. En este desastre del genio, nos cabe el honor de la lealtad, virtud en veces de los humildes. Si de aquí fue entonces al Padre de la Patria algún motivo de queja, éste va a cargo de un contráneo suyo. La honrada Cordelia no quebró su fidelidad un solo instante.

La muerte da la última página del libro de la vida y la postrera impresión de su lectura. La muerte del Libertador solemne y trágica, en los momentos de la dispersión de Colombia y de la convulsión de casi toda la América, presenta el espectáculo de suprema hermosura del hombre que era como el alma de estos pueblos; y que al morir, quedaba en ellos con el espíritu, con el soplo vital, la libertad, el aliento heroico y la dramática grandeza. Su última palabra comprendía todo el programa de América: la unión doméstica, la unión nacional, la unión continental, la solidaridad universal, la paz, la paz: el clamor supremo que viene de lo alto, el del poeta florentino, el último gemido del Libertador de América, su legado que todavía no lo aceptamos los libertos americanos.

¡Herencia de decoro la que perdura del genio! su tristeza tén honda como el mar, su triunfo de la democracia en el mundo, su programa de la concordia universal, su gloria limpia de herrumbre y de mancilla, por la que somos conocidos en la vida y en el teatro de la Historia.

En este momento de majestad y estupor, la sombra del caudillo se levanta sobre todos los pueblos, en los que se han cumplido los vaticinios del vidente y en donde los bronces de sus estatuas reciben el culto secular, que no será sólo del siglo que se cierra hoy, sino de muchos siglos....